

Benakis, Linos G., *Filosofía bizantina. Una visión introductoria*. Trad. Ana María Martín Vico – Ricardo Rodríguez Parejo. Revisado por Moschos Morfakidis. Col. «Miscelánea de Estudios Bizantinos y Neogriegos» 5 (Granada: Centro de Estudios Bizantinos, Neogriegos y Chipriotas, 2020), 128 pp. ISBN: 978-84-121502-0-9.

Es una de las grandes desconocidas. La Filosofía bizantina ha despertado un escaso interés entre los especialistas de este campo, aunque, por fortuna, esa tendencia está siendo revertida. Y todo gracias al esfuerzo de académicos del prestigio de Linos G. Benakis, que ha empezado por lo más básico y necesario: la puesta en valor —como si de un yacimiento arqueológico se tratara— de los textos, de las fuentes primarias. Gran parte de su labor científica se ha basado en la edición crítica de las obras de los más importantes filósofos bizantinos, y en el acercamiento a ellos a través de la crítica histórica.

El trabajo que publica ahora el Centro de Estudios Bizantinos, Neogriegos y Chipriotas de Granada, es una traducción de varios de sus trabajos, aparecidos en diversas publicaciones (revistas, entradas de enciclopedias). Se vierte al español la recopilación que apareció en 2017: *Byzantine Philosophy. An Introductory Approach* (Saarbruecken: Lambert Academic Publishing), pero con el añadido de dos estudios que aparecieron en la revista de filosofía *Wisdom*, de Erevan (Armenia) entre 2017-2018. El hilo conductor que une todos estos trabajos, que cubren un espacio de tiempo de unos 20 años en la carrera de Benakis, es el deseo de mostrar no lo que se ha hecho en el campo de la Filosofía bizantina, sino lo mucho que aún queda por hacer, invitando a los bizantinistas a acercarse a ella.

Pero no todo el pensamiento que se articuló durante los mil años del Imperio romano de Oriente podría calificarse como Filosofía *sensu stricto*, sino que sólo podría hablarse de Filosofía bizantina entre los siglos IX-XV: entre Focio y Jorge Gemisto Pletón. Habla de la erudición y originalidad de los filósofos de esta época como un aspecto a resaltar, en un intento por romper con esa imagen de Bizancio como un mundo esclerótico, carente de cualquier inventiva. Pone Benakis encima de la mesa una cuestión clave: a diferencia de Occidente, en Oriente la Filosofía no fue una ciencia auxiliar de la Teología. Señala cómo en buena medida, la supervivencia de la Iglesia ortodoxa en Grecia bajo la turcocracia se debió en buena medida a que no existió una «teología científica», con un método, sino más bien una espiritualidad. En pocas palabras, en Bizancio no pudo germinar nada parecido a la escolástica de Tomás de Aquino, por más que muchos intelectuales como Demetrio o Prócoro Cidones se esforzaran en la traducción de sus obras.

A pesar de esa originalidad, no existió un sistema filosófico *per se*, independiente, sino que lo que encontramos son filósofos peculiares con una extraordinaria formación. Porque la Filosofía no es un fin en sí misma, sino el camino para acercarse a Dios. Ellos conocían perfectamente las teorías de los filósofos antiguos, pero se trata de un conocimiento pragmático. Se valoraba de forma positiva todo el legado anterior del pensamiento griego pagano, a pesar

de que se rechazaban muchas de sus posturas: así lo pensaban ellos [los griegos clásicos], pero nosotros [los griegos cristianos] no estamos de acuerdo. Es la fórmula que solían emplear hombres de la talla de Miguel Pselós, el gran intelectual bizantino del siglo XI cuando llegaba en sus trabajos a asuntos espinosos desde el punto de vista de la doctrina ortodoxa.

Aristóteles se erige en la clave de bóveda de toda la Filosofía bizantina. Una buena parte del corpus filosófico bizantino está dedicado a los comentarios de la obra aristotélica —en menor medida a los neoplatónicos—. Por esta razón, la rama más cultivada sería la Lógica, entendida como una herramienta útil para la tarea exegética. Pero tampoco se dejaron de lado la Metafísica, aplicada a la Teología ni la Armonía —Música—. Y a ésta dedica Benakis una especial atención, haciendo hincapié en la necesidad de diferenciar entre la música eclesiástica, cantada en las iglesias ortodoxas, de carácter práctico, si se quiere, de la teoría musical, laica y de carácter científico, que bebe de las teorías de Pitágoras, pero sobre todo de las de Aristóxeno. La Armonía, en Bizancio, fue antes que nada una ciencia matemática. Así pues, el autor sentencia que, en el Imperio de Oriente, la Filosofía era la ciencia de todas las realidades.

Queda un aspecto importante, al que Benakis se acerca, consciente de lo mucho que queda por hacer. Me refiero a la cuestión de la enseñanza en Bizancio en general, y a la Filosofía en particular. Sabemos que las «Universidades» tenían un papel destacado en la formación de los cuadros administrativos, que tenían un carácter privado y laico, aunque gozaran del patrocinio del emperador y el patriarca de turno. Propone el autor un acercamiento también didáctico; responder a las preguntas de cómo se enseñaba y para qué servía la Filosofía. Señala la figura del *polihistor*, al que define como el erudito que se dedicaba tanto a la escritura como a la enseñanza de diferentes materias. Con esta luz, cobran especial relevancia las grandes figuras del pensamiento bizantino: los citados hermanos Cidones en el siglo XIV o Miguel Pselós para el IX, pero también Paquimeres (siglo XIII), Teodoro de Esmirna (siglo XII) o Jorge Genadios Escolario, el primer patriarca tras la caída de 1453.

Hablaba al comienzo de la existencia de un hilo conductor que daba coherencia a los trabajos reunidos en este volumen, sin embargo, lo cierto es que existe otro *leit motiv*, aunque no tan evidente. Tiene que ver con la construcción de una identidad; con la reclamación para Bizancio de su lugar en la Historia de Europa. Se ha convertido en una especie de lugar común el reivindicar el carácter *occidental* —entendido éste como la pretendida representación de los valores grecorromanos del racionalismo y todo lo que ello conlleva— frente a quienes sitúan lo bizantino como una construcción *oriental* —con valores asociados al despotismo y el fanatismo—. Por eso no debe extrañar que se ponga como fecha de nacimiento para la Filosofía bizantina el siglo IX, cuando el Imperio se heleniza al quedar circunscrito a las zonas de mayoría griega, una vez perdidas las provincias orientales, por más que haya recuperaciones momentáneas en el siglo X. Supuso la recuperación de la hegemonía cultural griega, en contraposición al período anterior, el de los Padres de la Iglesia que se cierra con Juan Damasceno a mediados del siglo VIII.

Un período de tres siglos en el que la Filosofía sí sirvió a las necesidades que impuso la disputa teológica, marcado por figuras que, aunque de cultura helenística, pertenecían al Oriente mestizo.

No debe extrañarnos por tanto que Benakis insista, de manera acertada, en la continuidad de la Filosofía griega a lo largo de los siglos, con el denominador común de Aristóteles. La Filosofía bizantina es la Filosofía griega y esa continuidad sólo se vería rota por el momento traumático que representa la conquista otomana de Constantinopla, cuando comienza un nuevo tiempo, marcado, como ya se ha señalado por la espiritualidad de los monjes. La línea continua se pudo mantener hasta mediados del siglo XV en parte gracias a la continuidad de la lengua griega, elemento básico para la transmisión del conocimiento. Representantes, más que garantes o transmisores, del legado cultural de Grecia, el Renacimiento italiano se dio de la mano del Renacimiento paleólogo, porque lo que se vivió en Italia no hubiera sido posible sin Constantinopla, mucho antes de que comenzara el éxodo de intelectuales debido a la presión turca otomana. Quizás por eso, un subtítulo alternativo para la obra de Benakis podía haber sido *Lo que Europa debe a Bizancio*. En definitiva, se trata de un libro necesario y por tanto útil para conocer y situar a ese gran desconocido que es el Imperio bizantino a pesar de su importancia para comprender el Mediterráneo en el que vivimos. Y qué mejor que empezar por su forma de pensar y entender el mundo.

Carlos Martínez Carrasco
C.E.B.N.Ch.